

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré vive Dios,
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no le crea
¡buen arrealo, que me lea



AÑO III | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre. 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La cor-
respondencia al Administrador.

NÚM. 102

Pravia 10 de Enero de 1904

PÍO, PAPA X

MOTU PROPRIO

Desde Nuestra primera Encíclica al Episcopado de todo el orbe, haciéndonos eco de cuanto Nuestros gloriosos predecesores establecieron respecto á la acción católica de los seglares, declaramos laudabilísima esta empresa y necesaria en las presentes condiciones de la Iglesia y de la sociedad civil. Y Nos no podemos dejar de encomiar altamente el celo de tantos ilustres personajes que desde hace largo tiempo se dedican á esta noble empresa y el ardor de tan selecta juventud que esforzadamente ha corrido á prestar á ella su trabajo.

El XIX Congreso Católico celebrado hace poco en Bolonia, por Nos promovido y alentado, ha mostrado suficientemente á todos el vigor de las fuerzas católicas, y lo que puede obtenerse de útil y saludable en las poblaciones creyentes, donde esta acción esté bien dirigida y disciplinada y reine unión de pensamiento, de afectos y de obras en cuantos á ella concurren.

Quédanos, sin embargo, no pequeña amargura de que en medio de ellos se presenten algunas diferencias suscitando polémicas demasiado vivas, las cuales, si no se reprimen oportunamente, podrían quebrantar las mismas fuerzas y hacerlas menos eficaces. Nos, que antes del Congreso recomendamos, sobre todo, la unión y la concordia de los ánimos para que se pudiese establecer, de común acuerdo, cuanto se refiere á las normas prácticas de la acción católica, no podemos callar ahora. Y puesto que las diferencias de puntos de vista en el campo práctico pue-

den trascender bastante fácilmente al teórico, en el que necesariamente deben tener su punto de apoyo, es preciso resumir los principios que deben informar la acción católica toda entera

Nuestro insigne predecesor León XIII, de santa memoria, trazó luminosamente las reglas de la acción popular cristiana en sus preclaras Encíclicas *Quod Apostolici muneris*, del 28 de Diciembre de 1878; *Rerum novarum*, del 15 de Mayo de 1891, y *Graves de communi*, del 18 de Enero de 1901, y además en Instrucción particular emanada de la Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios el 27 de Enero de 1902.

Y Nos, que no vemos menos que nuestro antecesor la gran necesidad de que sea rectamente moderada y dirigida la acción popular cristiana, queremos que aquellas prudentísimas reglas sean exacta y plenamente observadas y que nadie, en lo sucesivo, se atreva á apartarse de ellas de ningún otro modo. Por esto, para tenerlas más fácilmente vivas y presentes, hemos resuelto recogerlas como un compendio en los siguientes artículos, á guisa de Ordenamiento fundamental de la acción popular cristiana, que rija en dichos actos. Esta deberá ser, para todos los católicos, la regla constante de su conducta.

Ordenamiento fundamental de la acción popular cristiana.

I
La sociedad humana, como Dios la estableció, está compuesta de elementos desiguales, como desiguales son los miembros del cuerpo humano; hacerlos á todos iguales es imposible, y de esto se seguiría la destrucción de la misma sociedad. (Encíclica *Quod Apostolici muneris*.)

II
La igualdad de los varios miembros sociales es sólo en cuanto todos los hombres tienen su origen de Dios Creador, han sido redimidos por Jesucristo, y deben ser juzgados, premiados ó castigados según la medida exacta de sus méritos ó deméritos. (Encíclica *Quod Apostolici muneris*.)

III
De aquí se sigue que en la sociedad humana es conforme á la ordenación de Dios que haya príncipes y súbditos, patronos y proletarios, ricos y pobres, instruidos é ignorantes, nobles y plebeyos, los cuales, unidos todos con vínculos de amor, se ayuden á vivir y á conseguir su último fin en el cielo, y aquí, sobre la tierra, su bienestar material y moral. (Encíclica *Quod Apostolici muneris*.)

IV
El hombre tiene sobre los bienes de la tierra, no sólo el simple uso como los brutos, sino también el derecho de propiedad estable; no sólo la propiedad de aquellas cosas que se consumen usándolas, sino también de aquellas que no se consumen con el uso. (Encíclica *Rerum novarum*.)

V
Es de derecho natural inalienable la propiedad privada, fruto del trabajo ó la industria, ó bien de cesión ó donación de otro, y cada cual puede disponer de ella razonablemente como le parezca. (Encíclica *Rerum novarum*.)

VI
Para resolver las diferencias entre los ricos y los proletarios es preciso distinguir la justicia de la caridad. No se tiene derecho á reivindicaciones sino cuando se ha lesionado la justicia. (Encíclica *Rerum novarum*.)

VII
Obligaciones de justicia cuante al proletario y al obrero, son éstas: prestar entera y fielmente el trabajo que libremente y según equidad fué pactado; no hacer daño á la hacienda ni ofensa á la persona de los patronos; en la misma defensa de los derechos propios abstenerse de actos violentos y no transformarla jamás en motines. (Encíclica *Rerum novarum*.)

VIII
Obligaciones de justicia para los capitalistas y patronos, son éstas: pagar lo justo á los operarios; no perjudicar sus justos ahorros ni con violencia, ni con fraude, ni con usuras manifiestas ó encubiertas; darles su libertad para cumplir con los deberes religiosos; no exponerlos á seducciones corruptoras y á peligros de escándalos; no apartarlos del amor de la familia y al ahorro; no imponerles trabajos desproporcionados á sus fuerzas ó mal avenidos con la edad ó con el sexo. (Encíclica *Rerum novarum*.)

IX
Obligación de caridad de los ricos y de los que poseen es socorrer á los pobres y á los indigentes, según el precepto evangélico. El cual precepto obliga tan gravemente, que en el día del juicio se pedirá cuenta especial del cumplimiento del mismo, según dice el mismo

Cristo. (Math., XXV.) (Encíclica *Rerum novarum*.)

X
Los pobres no deben avergonzarse de su pobreza, ni rechazar la limosna de los ricos, sobre todo teniendo delante el ejemplo de Jesús Redentor, que, pudiendo nacer en la opulencia, se hizo pobre para ennoblecer la indigencia y enriquecerla con méritos incomparables para el cielo. (Encíclica *Rerum novarum*.)

XI
A la resolución del problema obrero pueden contribuir en gran parte los capitalistas y los mismos obreros con instituciones encaminadas á proporcionar oportunos socorros á los necesitados y á aproximar y unir las dos clases lo más íntimamente posible. Tales son las Sociedades de socorros mutuos, las Seguros privados, los Patronatos para los niños, y especialmente las Escuelas de Artes y Oficios. (Encíclica *Rerum novarum*.)

XII
A tal fin va dirigida de un modo especial la Acción popular cristiana ó Democracia cristiana con sus muchas y variadas instituciones. Esta *Democracia cristiana*, desde luego, debe entenderse en el sentido ya autorizadamente declarado, el cual, completamente distinto del de la *Democracia social*, tiene por base los principios de la fe y de la moral católica, sobre todo el de no lesionar en modo alguno el derecho inviolable de la propiedad privada. (Encíclica *Graves de communi*.)

XIII
Por lo demás, la Democracia cristiana no debe jamás inmiscuirse en la política, ni deberá servir jamás á los partidos ni á miras políticas; no es este su campo; debe realizar tan sólo una acción benéfica á favor del pueblo, fundada en el derecho natural y en los preceptos del Evangelio. (Encíclica *Graves de communi*.) (Instrucción de la S. C. de los AA. EE. SS.)

Los demócratas cristianos en Italia deberán abstenerse en absoluto de tomar parte en cualquiera acción política, que en las presentes circunstancias, por razones de orden altísimo, está prohibida á todos los católicos. (Instrucción citada.)

XIV
Para cumplir con su deber, la Democracia cristiana tiene la estrecha obligación de depender de la autoridad eclesiástica, prestando á los obispos y á los que los representan plena sumisión y obediencia. No es celo meritorio ni piedad sincera realizar empresas hermosas y buenas en sí cuando no están aprobadas por el buen Pastor. (Encíclica *Graves de communi*.)

(Se concluirá)

NO ESTOY CONFORME

El Carbayón del 30 del pasado mes, publica un artículo de fondo muy sentimental, pintando la situación angustiosa de los obreros ovetenses, y haciendo un llamamiento a los corazones generosos para que acudan al remedio de tanta miseria.

Claro está que el pensamiento del colega es noble y merece todos los elogios, pero para lograr su realización, hace algunas reflexiones con las que en manera alguna puede estar conforme EL ZURRIAGO.

Dice El Carbayón:

«Y no se nos salga con que los obreros han abusado, y con que es hoy un peligro meterse en obras. En primer lugar los pobres hijos del trabajo ya van escarmentando y ya comprenden que por ciertos caminos y oyendo determinadas lecciones no van más que al abismo; en segundo lugar no todos los obreros que andan buscando trabajo, ni muchos menos, tienen la historia que algunos suponen, juzgando injustamente a toda la clase trabajadora por los abusos que algunos de sus miembros cometieron...»

Y más abajo añade:

«De los abusos pasados que no negamos, pero que algunos exageran bastante...»

Ignoro el grado de exageración que algunos puedan atribuir a los abusos cometidos por los obreros; pero lo que sí aseguro es que los obreros han hecho cuanto han podido por subvertir el orden social y llevar a la práctica las ideas absurdas y anárquicas predicadas por ácratas y socialistas.

En Gijón, por ejemplo, ¿han podido hacer los obreros más de lo que hicieron por imponerse a los patronos, cuando la famosa y funesta huelga allí tan tenazmente sostenida?

En Cayés ¿pudieron ir más allá que abandonar el trabajo, para no volver más a él porque no consiguieron lo que pedían?

De lo que ocurrió en Langreo y Arnao no hay que hablar, porque está todavía muy reciente para que sea necesario recordarlo.

Y aun en Oviedo mismo ¿qué es lo que han hecho los obreros, que no sea a todas luces censurable?

Sin hablar de las ya tristemente célebres huelgas de las Fábricas de La Amistad, ni de la que impusieron a la Fábrica de aserrar maderas, y al contratista de las obras del nuevo Seminario, ahora mismo ¿no acaba de cerrarse allí la Fábrica de tornillos, por imposición de esos convertidos obreros, de quienes nos habla El Carbayón?

Y no se diga, quizá, que en ese caso concreto los obreros tenían razón; porque no lo admito.

Una sociedad que hace cuantiosos gastos para explotar un negocio creíble, es posible siquiera que consienta en arruinarse, por el

solo capricho de no acceder a pretensiones justas de los obreros?

Si la Tornillera se ha dado de baja en la contribución, si ha cerrado sus talleres, por efecto de una huelga, no cabe dudar que los obreros de esa fábrica pedían la luna, tenían exigencias imposibles de satisfacer, como las han tenido en tantos otros casos.

Admito que no todos los obreros son igualmente culpables de las locuras cometidas, y hasta concedo que en muchos casos la opinión de los menos ha sido la que prevaleció, llevando en pos de sí a las muchedumbres; pero no por ello son éstas menos censurables ó más dignas de perdón.

Si el canto de la sirena no les sedujera, si no fuera para los obreros tan halagadora la idea de trabajar menos, y cobrar más ¿cree El Carbayón que tan fácilmente se dejarían arrastrar las masas?

¿Que «los pobres hijos del trabajo ya van escarmentando»!

¿Dónde y cuándo han dado pruebas de semejante escarmiento?

Algunos, aisladamente y en conversaciones privadas si reconocen que están siendo víctimas de una infame y vil explotación por parte de los que se dicen redentores del obrero; pero cuando llega el caso hacen causa común con los revoltosos, y entonces la sensatez y la cordura y el escarmiento de los obreros brilla por su ausencia.

Cuando al plantearse un conflicto obrero, un núcleo respetable se oponga resueltamente a toda pretensión injusta, y tenga el valor de sus convicciones para no dejarse imponer por cuatro aventureros, entonces, entonces será llegado el momento de decir «que no todos los obreros que andan buscando trabajo» tienen la misma historia.

Por lo ocurrido hasta el presente puede con toda propiedad decirse que los obreros tienen la culpa de cuanto les está pasando.

Bien en tiempo lo dijo y lo repitió EL ZURRIAGO llamando locos y ciegos a los obreros, y advirtiéndoles que aquellos polvos traerían estos lodos.

No han querido entonces oír la voz de amigo que les avisaba del peligro, y ahora tienen que oír la voz aterradora de la miseria que llama insistente a sus puertas.

¿Qué desencanto tan espantoso!

Cuando en Asturias todo era febril actividad, y la demanda de brazos para el trabajo era mayor que la oferta; cuando el obrero estaba como nunca retribuido, sonó la seductora voz de la serpiente socialista diciendo a los obreros: *seréis como dioses*; es decir, *seréis los dueños, seréis los señores*.

¿No más propiedad; no más patronos; no más desigualdades!

De triunfo en triunfo, decían los oradores y periódicos socialistas a los obreros, iréis a la socialización de la sociedad.

Y el rico y potentado trabajará como vosotros y como él vosotros gozaréis.

Pero, ¡oh espantoso desencanto, repito!

Cuando parecía que era llegado el momento de recoger el fruto de esas campañas, y de los sacrificios impuestos al obrero para su redención, se les anuncia, como *La Aurora Social* en su artículo de fondo del último número, EL HAMBRE EN PUERTA.

Ahí tenéis, obreros vuestras conquistas.

EL HAMBRE EN PUERTA.

Cuentos sociales

IX

Virtualidad del Socialismo

Para Victor Huergo

He leído el cuento que con el mismo título que el presente publica usted en el último número de *La Aurora Social*; y lo he leído con gusto, pero no porque las ideas en él vertidas me complacieran, sino porque en él vi el modo de alcanzar lo que ha tiempo deseaba.

La tesis en su historia diluida es la de que el socialismo es la fuente y al mismo tiempo la base de la moralidad y del bienestar doméstico; y como, según mi pobre opinión, sucede todo lo contrario, esperando que usted que sienta la tesis sabrá también defenderla, suplicole, ya que no por mí, por los obreros que nos leen, que mediante otro cuento, ó, si el cuento no le place, de otra cualquier manera me indique los argumentos en que, para sentar su proposición se apoya, como yo se los indico en el presente subrayando las palabras que los contienen: Soy muy joven aún, y acaso la inexperiencia y el poco estudio me lleven equivocado.

Y como busco la verdad para abrazarla, donde quiera que se encuentre, deseo que, si está seguro de lo que escribe, me la demuestre, prometiéndole, caso de que lo logre, seguir su misma opinión.

Su tarea se reduce, pues, a probar la tesis sentada y a deshacer mis argumentos. El obrero que nos lea será el juez en la cuestión; desengañéme usted a mí, si es que estoy equivocado, y hará usted un beneficio a sus redentoras doctrinas, porque le prometo trabajar a su lado, por el triunfo de su causa; pero adviértale que tan sólo tratamos de la moralidad intrínseca de la misma, y que prescindimos, por lo tanto, de los demás absurdos que contiene.

Y va de cuento:

Llamaremos X al pueblo en que aconteció lo que voy a referir, por imitar el ejemplo que V. me da.

En él vivía el señor Pepón, así llamado no por lo agrio de su carácter, sino por su excesiva jovialidad y desparpajo; y con él, su esposa, a quien nombraré Rosario, por mi cuenta, ya que usted ha prescindido de ella en su historia; su hijo Alberto, joven de 16 años, de las mismas morigeradas costumbres y carácter que su padre, y su hija Juana, preciosa y encantadora criatura de diez siete.

Los cuatro eran católicos a *machamartillo* y por esta misma causa, la casa era un paraíso.

Como la religión que profesaban les impedía embriagarse y blasfemar en dos de sus mandamientos, el buen Pepón y su hijo ni blasfemaban ni se embriagaban, como hacían los personajes presentados por usted a quienes, si los quiere ahcer católicos, tendremos que conside-

rar como católicos negativos por lo mismo que, al menos prácticamente, negaban lo prescripto por sus leyes. De donde, en mi pobre sentir, más que católicos sus dos personajes pudieran llamarse *ateos prácticos*, y por lo tanto, *socialistas* sin saberlo.

Pero volvamos a nuestra historia.

Así vivió la familia presentada, en paz y en gracia de Dios, sin disgustos ni pesares porque su fe y esperanza les impedían tenerlos, ó por lo menos, sentirlos.

Pero en esto principió el señor Pepón (ya ve que sigo su mismo sistema) a recluirse en su casa y a hacerse silencioso y nspicaz. Madre é hijos no sabían a qué atribuir el cambio. Verdad era que Rosario encontraba varias veces en su habitación libros que, según él decía, le prestaba un compañero de mina; pero comola mujer no sabía leer y como, por otra parte, sus hijos no se atrevían a pedirselos al padre, así continuaron largo tiempo hasta que pudieron notar que éste último poco á poco principiaba á frecuentar las tabernas cosa que hasta entonces no había hecho, y que poco á poco también el jornal en su casa iba mermando, siendo no pocas las veces que se presentaba en ella embriagado completamente.

Y entonces principiaron los disgustos y las incomodidades.

Y como ya el buen Pepón no sabía mandar allí, y como á más el muchacho *abrendia con su ejemplo*, débil, como lo es el hombre siempre, desoyendo unas veces las reflexiones de su madre, y aunque ésto le supiera otras, cogíale los libros en que él había estudiado, y en ellos pudo aprender que el *capital es un vampiro* (Marx), que vive chupando la sangre del trabajo, que la mejor política es la república, la mejor economía el socialismo, y el ateísmo la religión mejor (Bebel); que la *impiedad es el último término del progreso* (Ferrari); que *no es lícito el exclusivismo tratándose de la mujer* (Merlin); que *la propiedad es un robo* (Proudhon), y otras innumerables máximas que suprimo, porque hay con estas lo suficiente para mi historia. Y, sin haber conocido el Materialismo histórico de Marx, de las premisas sentadas él dedujo que *no existía otra vida*; y desconociendo el epicúreo sistema de Saint Simón, sentada ya la consecuencia anterior, concluyó que, por tanto, aquí *es donde se debe buscar el cielo*.

E instruido de este modo, y siguiendo los ejemplos de su padre, aquí tiene usted á Alberto en busca de placeres y de goces corporales. Y con el descocoproio del vicio, en seguida se juntaron, y las costumbres del uno fueron las costumbres del otro. Y con la impia idea de *ni Dios, ni rey, ni patrono* (Bebel), el amor que primeramente reinaba en aquellos dos corazones, se trocó en odio, pero en odio mortal contra todo lo existente. Y en casa los jornales disminuían; y la miseria aumentaba; y las dos pobres mujeres firmes en sus convicciones, eran víctimas de las continuas borracheras y salvajadas de padre é hijo. Y divididas en una misma casa las creencias, dejó á su consideración el aspecto del hogar.

Y, por fin, lo que las dos pobres mujeres esperaban, no tardó en venir. Acostumbrados á la orgía y á la crápula, los dos desgraciados hombres las abandonaron en la miseria, para correr tras el amor vago, como sus amigos quieren, ó libre, como se debe querer.

Y aprovecho esta ocasión para presentarle un cuadro de la virtualidad del socialismo en uno de sus extremos y para advertirle que lo narrado hasta aquí no es negación del sistema, como acontecía con los personajes católicos presentados por usted, sino que por el contrario es consecuencia necesaria de las premisas que siento más arriba, y que son parte de las que componen esencialmente el socialismo contemporáneo.

La pena y la amargura del abandono y de la ingratitud, minaron poco á poco

la vida de Rosario. Murió tranquila y contenta, porque aunque la tierra había sido un infierno para ella, tras el golpe de la muerte esperaba la corona de la gloria. Su hija le cerró los ojos.

Y aquí le dejo á usted nuevamente en libertad para trazar el camino que la huérfana debiera seguir, de profesar sus doctrinas: me parece que me pongo en todos los casos. Por fortuna no era partidaria de la vaguedad del amor: era cristiana sincera, y en su fe y en su esperanza pudo hallar fuerzas bastantes para no delinquir en la miseria, y proseguir honradamente la senda que se trazara.

Y después de mendigar por algún tiempo, pidió un puesto por amor de Dios, entre las Hermanas de la Caridad, y se lo concedieron. El cuidar de los enfermos de un Hospital fué su destino.

Este no es un caso de la *virtualidad* de sus doctrinas: al menos, tal parece.

No me he propuesto trazar las sendas recorridas por los dos desventurados héroes de mi relato, tanto más, cuanto que son fáciles de suponer.

Para la trazación de mi historia, basta con que el lector sepa cómo se separaron padre é hijo.

Fué en la taberna. Ambos estaban ya perdidamente embriagados. El joven se encontraba con dos de sus amigos en el despacho; el viejo, disputando con otros tres de los suyos en un lugar retirado. Y su carácter, jovial en el principio, se había tornado insufrible; y las disputas se agriaron; y uno de los contrincantes echó mano á su navaja; el *Pepón* le imitó; y Alberto oyó el alboroto, y sabiendo que maltrataban á su padre, corrió allá, con el puñal en la mano, y se lo clavó, con toda su fuerza, hasta la empuñadura, al primer desventurado que pudo hallar en su camino.

Y se lo clavó á su padre.

Cayó en un charco de sangre; revolcóse desesperadamente, y antes de perder el sentido, pudo ver cómo ataban á su hijo y cómo, por criminal, era llevado á la cárcel.

Y creyendo intencionada su muerte, lanzó una maldición terrible y se desmayó.

Otro cuadro de la *virtualidad* del socialismo y *consecuencias remota* de sus máximas.

Apresuro el descalace, porque temo aburrirle.

Pepón despertó en un lecho del Hospital.

Había recobrado el conocimiento, pero no sabía aún cómo había pasado todo.

A su lado se encontraba una hermana religiosa: era joven y hermosísima.

Cuando sus vidriados ojos la pudieron ver mejor, conoció que lloraba.

Y al verla mejor aún, lanzó un grito, intentó arrojarle de su lecho, y viendo que no podía, alzó sus manos al cielo, y en un paroxismo de vergüenza y de amargura, clamó dolorosamente:

—¡Perdón... ¡yo soy un infame!...

No sigo. El final lo adivina cualquiera. Supongo que tampoco dirá usted que este cuadro pertenece á la *virtualidad* del socialismo.

Tal es la historia. Falsa será; y poco interesante y literaria también, por ser mía: lo que no creo que usted pueda probar nunca es que es *ilógica*.

Espero su nuevo cuento; y lo dicho, dicho.

C. Cabal

digno de ser conocido, sobre todo por los fanatizados obreros que á diario leen *La Aurora Social*, en donde á la continua se les dice y predica que la Iglesia, que los cura, que la religión son el enemigo terrible de que han de huir los trabajadores, si quieren ser felices...

¡Pobres obreros, cuán inicua-mente se os engaña, para que hu-yaís del seno amoroso de esa madre cariñosa, la Iglesia, que con tanta solicitud y esmero busca vuestro bienestar y acude presurosa al socorro de vuestras miseria-s!

¿Qué sería de vosotros, infelices desheredados de la fortuna, si en el día de la desgracia no enjugara vuestras lágrimas, y endulzara vuestras penas, y remediara vuest- ras necesidades la Caridad siem- pre ingeniosa y fecunda de esa re- ligión sacrosanta tan maldecida y odiada por los sectarios?

¿A quién, sin ella, acudiríais en vuestra orfandad y miseria, en vuestro dolor y desconsuelo?

¿A los amigos de perdición que sólo supieron sembrar en vuestras almas la vacilación y la duda cuando no el descreimiento y la impiedad?

¡Oh! Esos falsos amigos mien- tras estáis sanos, mientras estáis robustos, mientras podéis trabajar y encontráis donde ganar un jor- nal, os hablan sí de solidaridad, de mutuo auxilio, de fondos de re- serva y de cajas de resistencia, pe- ro es para mejor explotaros, pa- ra más abusar de vuestra docili- dad é ignorancia.

Cuando llega el momento de necesitar ese auxilio mutuo el so- corro de esas tan decantadas cajas de resistencia, la solidaridad no parece por ninguna parte, las ca- jas de resistencia se hallan vacías y el infeliz obrero que, imponién- dose mil privaciones y sacrificios, ha cercenado de lo más necesario para la vida, las cuotas exigidas por esos vampiros del socialismo, queda en su enfermedad ó en su desgracia completamente abandona- do de los que un día, á trueque de unas pesetas, le juraron, mintien- do, amparo y protección...

Y esto no lo dicen los zurria- guistas.

Esto no es exageración apasio- nada de los que un día y otro, por convicción y caridad, veni- mos luchando á brazo partido en el estadio de la prensa por desen- mascarar á esos vividores de ofi- cio que engañan á los obreros pa- ra vivir á su costa, y figurar co- mo personajes los que nunca de- bieran pasar de la categoría de obreros malos y holgazanes.

Esto lo dicen los desengaña- dos.

Esto lo proclaman los hechos con elocuencia incontrastable.

Esto lo han dicho públicamente, y lo están diciendo hoy todavía, los partidarios más entusiastas que tenía por los pueblos la causa so- cialista.

Esto dijeron y repiten sin rebo- z los mismos presidentes de las Juntas locales de la Federación So- cialista asturiana.

Público es, y EL ZURRIAGO en su día se ha hecho eco de ello, que el malogrado Angel Coalla, el Pre- sidente entusiasta de los socialis- tas pravianos, cuando se sirvió he- rido de muerte, sin fuerzas para el trabajo, ni recursos para atender á sus necesidades, acudió primero con repetidas cartas al Presidente del Comité Provincial, á Vigil, y más tarde al Jefe del partido so- cialista español, á Pablo Iglesias exponiendo su angustiosa situa- ción y pidiendo algún socorro, y ¡vergüenza y oprobio para seme- jantes *leaders!* ni Vigil ni Pablo Iglesias se han dignado contestar siquiera al infeliz Coalla que presa del mayor desaliento y desencan- to abominó desde entonces del so- cialismo, y hasta llegó á dolerse de no ser hombre de letras para poder escribir en EL ZURRIAGO di- ciendo quiénes eran los jefes del socialismo, y lo que podían espe- rar de ellos los obreros.

Otro caso más reciente todavía, y que es el que ha puesto la pluma en mis manos para escribir estas cuartillas, ocurrió hace aun pocos días en la inmediata villa de Mu- ros.

También el hijo del Presidente, y vocal á la vez de aquella agru- pación socialista, Celestino Pérez Betas, se sintió gravemente enfer- mo, y tampoco hubo para él por parte de los socialistas solidari- dad, ni cajas de ahorros, ni de re- sistencia, ni nada en fin que repre- sente socorro y ayuda para el ne- cesitado.

Pero hubo un celoso ministro del Señor, un representante en la tierra de ese Dios tan blasfemado y escarnecido por los socialistas, el cual viendo que la vida de aquel desgraciado obrero se iba por mo- mentos, consumida por la fiebre y por la falta de alimentos y cuida- dos, acudió á la piedad de sus felig- reses y obtuvo pronto y abunda- ntes recursos para remediar las necesidades de aquel enfermo y de su familia.

Sí, el dignísimo y virtuoso Pá- rroco de Muros que con lágrimas en los ojos había visto tantas ve- ces al hijo del Presidente de los so- cialistas de aquella villa haciendo una propaganda inicua contra la Re- ligión y contra los ricos, difundiendo confusión el papelucho infame que tantas diatribas y calumnias pro- pala contra los sacerdotes y reli- giosos, olvida en un arranque de virtud y heroísmo, que no pueden comprender los que no han gusta- do las dulzuras de nuestra Reli- gión sacrosanta, olvida, digo, todo el mal causado entre sus feligreses por aquella oveja extraviada y co- rre en su busca y en su socorro, le estrecha entre sus brazos, le perdona, pide para él limosna des- de las gradas mismas del altar santo donde se ofrece la hostia in- maculada y hace que al atribula-

do hogar lleguen juntamente los consuelos de la religión, las ben- diciones de lo alto, y los auxilios corporales del católico vecindario.

Y aquel infeliz en cuyo corazón habían acumulado tanto odio con- tra la Iglesia y contra los ricos predicaciones y lecturas pernicio- sas, á fuer de generoso y agradeci- do, tuvo que declararse rendido de amor ante aquellos á quienes con- sideraba como enemigos, abomi- nando á la vez de todos sus pasa- dos extravíos.

Aprended, obreros, y no olvi- déis que en trances apurados sólo la Religión y los que de veras la profesan se muestran como verda- deros protectores y amigos del en- fermo y desvalido.

INFUESTO

DIÁLOGO ENTRE REPUBLICANOS.

(Consecuencias de los mítins)

VII

—Buenos días, Pepe.

—Hola, Manolo.

—¿Qué tenemos de república?

—Calla, hombre, no hablemos de eso. Cualquiera creará que los republicanos de Piloña, nos hemos muerto. Primero mucha propagan- da... luego...

—Pues ¿qué hay?

—¿No ves cómo estamos?

—¿Y los mítins de Otero no han dado el resultado apetecido?

—Quita allá. ¡Me parece á mí que los mítins de Otero y la Carabi- na de Ambrosio!...

—¿Pero no habíamos quedado en que los paisanos ya eran nues- tros?

—¿En qué sentido?

—Pues que ya estaban plena- mente convencidos de que *la repú- blica que les proponíamos* era un bien para ellos.

—En el primer momento eso creímos, pero ahora me voy desen- gañando de que los piloñeses saben más que Otero les *aprendió*.

—De modo que...

—Nada, amigo, que nos han co- nocido el pelo, y de lo que se hal- lan convencidos es de que nuestro mitin Martínez-Otero no llevaba otro objeto que el que votasen á nuestros amigos para concejales.

—¿Y no los han votado?

—¡Sí, con *bel!*

—No te entiendo

—¿No ves, Manolo, que un día les dijimos á los paisanos: «No inti- midarse, compañeros; hay que ir á las urnas con el voto en una mano y una estaca en la otra; es necesario echar del municipio á esos que os explotan, que viven de vuestro su- dor?»

—¿Y no estaba bien dicho?

—¡Ah Nolin, Nolin, cómo reve- las tu poca experiencia? ¡Ya se vé, los pocos años...!

—Vamos, Pepe, no digas eso. Si

Aprended, Obreros

El caso no es nuevo, pero no por eso resulta menos curioso, y

alguno te oye creerá que yo soy algún chiquillo.

—No, hombre, es que he querido demostrarte que tus pocos años no alcanzan á comprender lo mucho que penetran aquellos que ya creíamos nuestros.

—¿Por qué, Pepe? Explicate de una vez; hay que sacarte las palabras del cuerpo con un gancho. ¡Otras veces bien hablas! ¿No ves lo que te llaman?

—Pues verás de qué modo cavilan los paisanos. ¡Y luego todavía hoy quien les llama tontos!

Me consta que muchos dijeron: «Los republicanos de Infiesto pretenden echar del Ayuntamiento á los que, según ellos, nos explotan y viven de nuestro sudor, para meter otros, que si no nos explotan más es porque no pueden, y tanto tienen ellos de republicanos como Otero de orador: no son más que una pandilla de comedores que no miran más que su *modus vivendi*, y á nosotros que nos parta un rayo.

—Bien; pero no parece más sino que han dicho eso por mí.

—Tal vez no, aunque pocos ignoran que tanto molestarte por el triunfo de los republicanos sería con el objeto de seguir manteniendo el puesto que ocupas.

—¿Nos da algún otro producto?

—Soy verdadero republicano. A mí me lo dará.

—¡A tí! ¿Como no sea el de seguir prestando dinero á los paisanos al 30 ó 40 por ciento!

—Bueno, dejemos esto. ¿Qué hay de propaganda, Manolín, qué hay?

—Nada, como siempre.

—¿Traerás muchos números del periódico *La República*?

—Ya lo creo; más de ciento.

—¿Y los vendes todos?

—Hombre, todos... no; el otro día no vendí más que... cuatro.

—¡Caramba, cuatro! ¿Y qué haces de los otros?

—¿Qué voy á hacer! Se los doy á José Peruyero para envolver azafrán.

—¿Y los abonas de tu bolsillo?

—No sé qué voy hacer. Algunos me aconsejan que se los cargue en cuenta al Gremio.

—Muy bien pensado; me gusta la idea. ¿Y *El Nuevo Evangelio* se vende?

—¡Cá, ni uno!

—Bueno, Nolín, ya hablaremos otro día más detenidamente. Voy á sacar los niños á paseo. Hasta luego.

—Adiós, Pepe.

Por la impresión fonográfica.

PERECITO

MIERES

VAPULEO

Tenía intención este pobre *Dómine* de escribir para EL ZURRIAGO presente algunas líneas con motivo de la manifestación y del mitin verificados en esta villa para protestar contra la anulación de las pasadas elecciones municipales.

Pero desisto de ello porque ya se me adelantó en el pasado ZURRIAGO mi compañero *Zurramelamelunga*, que puso

con gran maestría los puntos sobre las *ies* á los señores ó ciudadanos organizadores de la consabida manifestación.

Reciba *Zurramelamelunga* mi enhorabuena por su destreza en manejar el vergajo, y siga impertérrito dando leña á estos regeneradores de guayaba ó cartón piedra.

¡Adelante y... *Zurriégamelamelunga*!

En esta villa, no sé si por generación espontánea ó dado á luz por algún alcornoque, ha venido al mundo un tal Manuel Llaneza, socialista él y melón él hasta la pared de enfrente.

¡Vaya, vaya con Manuel Llaneza!

¡Qué atroz y qué subversivo, me ha salido el hombre!

Pues si este Llaneza publicó en el último número de *La Escupidera* un artículo que lleva por título «*A la juventud socialista de Mieres.*»

Con lo cual yo me quedé pensativo y cabizbajo y diciendo para mí capote:

«¿Pero qué? ¿También tenemos ya juventud socialista en Mieres?»

Bien es verdad que debe ser esa juventud una juventud que bulle poco aún.

Vamos, una juventud... en mantillas.

Y digo esto porque es la primera vez que oigo hablar de la existencia de la *juventud socialista*, y, además, porque en la manifestación del día 25 de Diciembre último, no llevaba un mal estandarte que significara la venida á este mundo de esa juventud.

Verdad es que la juventud socialista se echará la cuenta de que llevar un estandarte ó pendón más en la manifestación constituirá un censurable abuso.

¡Pues apenas si iban allí estandartes y pendones!

¡Sobre todo pendones! ¡Si no es así, y si no me quieren ustedes creer, pregunténselo á la espiritual, retrechera y jacarandosa socialista conocida por *la de Cambo*.

Pero volvamos á Llaneza, el del artículo, fundador por lo visto de la flamante juventud y veamos cómo *escupe*.

Dice Manolo:

«Si cualquiera de vosotros estuvieris observándome al trazar estos renglones y el correr veloz de mi pluma (*¡adiós, adiós, adiós!*), diríais que tenía algo de literato, algo de escritor.»

Y yo también lo digo.

Manolo, tú tienes algo de literato.

De mal literato, se entiende.

Porque tú ¡oh Manolo! no tienes sentido gramatical... ni sentido común.

«Y desgraciadamente, dice Manolo, ninguna de estas dos cualidades poseo.»

Es verdad, Manolo.

Y como no eres ni literato ni escritor, te metes precisamente á eso.

A escritor y á literato.

Con lo cual, ya ves que estoy en mi derecho cuando digo que no tienes sentido común.

«Sólo tengo una» (*¡cuál!*), «sólo tengo una, que llena mi corazón de infinito placer, y que es la que hace que yo, con el mayor entusiasmo os dirija la palabra desde las columnas de nuestro semanario.»

Si, pero á todo esto no nos dices, amigo Llaneza, cuál es la cualidad que tanto placer te proporciona.

Continuemos, por si acaso es más expresivo en adelante.

«Aletargado en el dulce sueño que las vanas ilusiones de la juventud (*quien habla es Manolo*) prodiga á uno (*¿á quién?*), nunca se me había pasado por la imaginación (*¡caray, qué desgracia!*) que yo era uno de tantos oprimidos, (*¿qué hace ahí esa coma?*) que sufrimos (*¿no estaría mejor un «como» en lugar del «que» anterior?*) etc. etc.

Ya ves ¡oh literato! que para la gramática sigues aletargado en el dulce sueño de las vanas ilusiones.

Despierta, hombre, despierta y estudia un poco en compañía de tu amigo el maestro Huergo.

Ese á lo menos sabe gramática ¡qué demontrel!

Gramática parda, por supuesto.

Silencio que vuelve Manolo.

Y ahora creo que nos va á decir cuál es la cualidad que posee.

«Un año sólo hace que estoy en vuestras filas.»

¿Un año sólo? ¡Hombre, qué lástima!

¿Y dónde diablos has estado hasta entonces?

¡Vaya, vaya, que tardaste bastante en convencerte de la excelencia del socialismo!

«Y por eso—dice Manuel más adelante—compañeros, al formar en el seno de nuestra Agrupación la nueva Sociedad *Juventud Socialista* mi entusiasmo no tiene límites.»

A ver, que quiten todos los *barganales* para que se extienda debidamente el entusiasmo de Llaneza.

No sea cosa que por falta de espacio explote horripónicamente el entusiasmo ilimitado del bueno de Manolo.

Y tengamos, por consiguiente, que lamentar una nueva catástrofe.

A ver, continúe el literato:

«Porque vamos á ocupar el lugar que nos corresponde...»

¡Ay, ojalá fuera verdad eso, Manolo!

Porque si tú, y quien dice tú dice Vigil y Huergo y tantos como vivís de la ignorancia del obrero, ocupaseis el lugar que os corresponde, á estas horas podíamos tener en Mieres una buena cuadrilla de barrrenderos.

Y los trabajadores no tendrían tanto viento en la cabeza, esperando emancipaciones absurdas y por absurdas irrealizables.

Y ahora agárrense ustedes, porque Manolo se dispone á sacar toda la trompetería de sus averiadas ideas y á dar golpes de bumbo en honra y gloria de su espíritu degenerado y muerto á la fe.

«En la primavera de nuestra vida, dice Llanaera, abandonamos todas las oraciones, todas las falsas creencias que allá en la infancia recibíamos en el regazo de nuestras madres, propagadas todas ellas por nuestros tiranos, por los que querían embrutecer nuestros cerebros...»

Ven acá, Manolo embrutecido, ven acá y dime.

¿Quién te ha dicho que esas creencias que tu buena madre te enseñó son falsas?

¿Quién te lo ha dicho? ¡Fué tu razón que se abrió así de repente, como una berza, á la luz de la verdad, la que te persuadió de que eran mentiras aquellas creencias? ¡O fué Vigil y su *Escupidera* los que llevaron á tú ánimo la convicción de tus actuales creencias?

Yo me atrevería á apostar algo de provecho á que no fué tu razón, ni tus cavilaciones, ni tus estudios los que te demostraron la falsedad de lo que tu madre te enseñó en su regazo.

No, no fué tu razón...

Fué Vigil, que por mucho que te quicra, nunca te querrá como te puede querer una madre; fué *La Escupidera*; fué la prensa que vive de la explotación de las pasiones humanas, porque haciendo lo que esa prensa manda, las pasiones están más á sus anchas y el hombre vive más á su gusto y... se aproxima más á las bestias... y creyendo emanciparse su razón é iluminar su cerebro sólo consigue oscurecer su inteligencia y embrutecerse lastimosamente.

Si, Manolo, sí. Tú crearás que desde que dejaste de rezar eres más listo y sabes más.

Tú crearás eso, pero yo creo todo lo contrario.

Tú crearás que estás hecho un sabio.

Yo juro que estás hecho un verdadero zoquete.

Concluye Manolo su artículo llamando á la unión á todos sus compañeros.

Pero sin duda entusiasmado porque dejó de rezar, no dice cuál es la cualidad que

posee y de la que habla al principio de su apreciable trabajo literario.

Pero no desconfío en que otro día será. Acaso nos lo diga cuando acabe de desembrutecerse.

Operación que *pa mi* que va á ser larga.

El Dómine Giraldo

Zurriagazos

Arreniego del demonio.

¿De dónde, dirán ustedes que le salieron á Altamira unos esforzados defensores de su honra y de su ciencia?

Pásmese el orbe terráqueo; de *Taramundi*!

¡Ave María Purísima, á dónde fué á buscar abogados el bueno de Altamira!

¿Cómo será la causa del *novelista* ovetense, cuando desde Oviedo hasta *Taramundi* no encontró abogados que le defendieran?

Taramundi, Taramundi...

¡Tará, tarará!

¿Qué pretensión traerán entre manos esos *bravos* de Taramundi y Grandas de Salime?

Porque así á humo de pajas no se metieron los nuevos Quijotes á desfacedores de entuertos.

A mí no me digan: *Constantino* y *Casariago* dos personajes tan conocidos en su tierra que no necesitan más firma que esa para que nadie les conozca fuera de allí; no salen á la palestra y á sí mismos se dan el dictado de *bravos* sin su cuenta y razón.

¡Vaya, vaya con los de Taramundi!

Ya me parecía á mí que de Taramundi ó Grandas habían de ser los que sin sonrojo se atrevieran á llamar á Altamira *meritísimo*, y hombre que *ha podido* ganar el pavés...

Pero diga usted, *bravo* Constantino, no ha ganado todavía el pavés Altamira?

¡Y yo que creí que no sólo lo había ganado ya, sino que, gracias á los *bravos* *bombistas* de Taramundi hasta había llegado á elevarse sobre el pavés!

Pero y cómo se pondrá de ancho y satisfecho D. Rafael cuando sepa que los *bravos* de Taramundi y los *cultos* de Grandas queman incienso en su altar!

¡Y no digo yo si lo sabrá!

Pues aunque *El Bombo* de Calzada no circula más que entre cuatro amigos de la infancia, ya se apresurarán el *bravo* Constantino y el *culto* Casariago á enviar al interesado un número del *cristerioso* *Porvenir* en que, lanza en ristre, salen á su defensa dos prestigiosos caballeros particulares á quienes nadie conocía hasta que se dignaron aparecer en *El Bombo* con media firma, y ostentando nada menos que la representación de sus convecinos.

¡Vaya una ganade farolear!

Al Sr. Administrador de correos de Navia

¿Es deber de usted el procurar que los paatones que salen de esa estafeta se dirijan á su destino, siguiendo el itinerario que les está marcado y llevando la correspondencia dentro de la balija, convenientemente cerrada?

¿Sabe usted que el de Boal, en vez de ir por la carretera sufriendo las carterías del tránsito, se marcha los más de los días por los atajos de la montaña, llevando parte de la correspondencia fuera de la balija, y dejando sin servicio algunas carterías, singularmente la de Serandinas, que es la de mayor movimiento?

Pues ¿cómo usted no corrige tales y tantos abusos?

Ya en otras ocasiones llamé la atención acerca del particular... Si no hay enmienda, protesto que acudiré en queja formal al Sr. Administrador principal de Oviedo; cuente usted con ello; pues estoy resuelto á no permitir que se juegue así con los derechos de los pueblos ¡No faltara más!

Pravia.—Imprenta del Colegio